

*Carreteras de Cuéllar y Medina,
caminos de Sepúlveda y Pedraza,
parece que entre el polvo se adivina
la huella firme y honda de la Raza.*

Nos sentimos transportados por los inspirados versos del Marqués de Lozoya a aquellas tierras de Castilla, que él tan bien ama y comprende, y cerca de Medina del Campo vemos cómo se levanta fuera del pueblo un castillo sobre un collado, mota o montañuela, llamado quizá por esta posición el Castillo de la Mota.

Ni sus muros ni las crónicas nos hablan claramente de sus orígenes; pero Lampérez, leyendo en aquéllos, los sitúa en época quizá de romanos, posiblemente mahometanos y seguramente de la alta Edad Media.

Don Ildefonso Rodríguez y Fernández, el escritor local que más ha rebuscado entre viejos papeles, desconfiaba de la tradición que supone que por el año 1160 un rico labrador de Medina, llamado Andrés Voca, en pago a la honra que el rey Alfonso le hiciera visitando su casa, promete «poner por el suelo el castillo viejo que está en la ciudadela y hacerle otro que desde los puertos de mar, la tierra adentro, no se halle otro como él» y «en breves años acabó el castillo que ahora llaman la Mota».

Si parece evidente que por el año 1440 fué reforzado el baluarte primitivo, ya para Juan II o a expensas de los parciales de su enemigo Juan II de Navarra, durante las revueltas ocasionadas por la privanza y caída de don Alvaro de Luna. Sabemos más tarde, por un manuscrito del Archivo de Simancas, que el rey don Enrique IV entrega a su maestra sala Pedro de Salcedo «la fortaleza de la Mota, de la villa de Medina del Campo, para que la tenga por mí en juro de heredad para siempre jamás». Que estuvo luego bajo la férula de Carrilló; pasó al poco tiempo a los Fonseca, y de ellos la recibió el Duque de Alba, hasta que por fin tomaron posesión los Reyes Católicos, al principio de su reinado.

Si juzgamos por la fecha de sus blasones, las obras debieron de terminarse por el 1463, empezando los años de esplendor del castillo, que no iban a durar mucho más allá de un siglo.

Los despachos de Simancas de 1541 y 1592 dan el grito de alarma sobre la primera decadencia del hermoso edificio. Apacigua por entonces el rey Felipe II la sedición de Antonio Pérez, y el Justicia da cuenta de las dificultades de albergar en la Mota al prisionero que le envían, «al preso que traen de Aragón y personas que con él vinieran por estar algo mal reparado». Como es casa antigua, cada día «ay más mal», y «que sea mirado con mucho cuidado puertas y rejas, que si no son las principales de la fortaleza, las demás es necesario ponerlas, y los marcos de las rejas están podridos, de manera que con facilidad se podrían arrancar». Los aposentos se «llueven como si no hubiera tejas» y «a undido con las demasiadas haguas un pedazo de corredor por donde se iba a la capilla a oír misa, lo cual no se podrá hacer si no se remedia, que no es de poca importancia para el preso y personas que ovieran de estar en su guarda».

Bastan estas noticias para seguir la triste caída del gigante, que por abandono o dificultades de toda especie marcha tristemente hacia su ruina.

Subsistían aún los altos adarves desde los cuales se descolgó el intrépido César Borgia sin que pudiera impedirlo el alcaide de la fortaleza, que, al ver escapar a su prisionero, cortó la cuerda, cayendo a tierra el prófugo solamente algo maltrecho, lo que no le impidió montar a caballo y huir.

Estudiando despacio la arquitectura del edificio, medio fortaleza, medio palacio, imaginamos la sorpresa y extrañeza que podría sentir el invasor cuando, habiendo atravesado las defensas exteriores, topara de repente con las primorosas estancias, que se adivinan por las elegantes lacerias de estuco mudéjar, las menudas arquerías y las caprichosas cúpulas. ¿Y qué fantasías no podemos imaginar ante la enigmática cámara que la tradición indecisa, pero perseverante, llama «peinador o tocador de la Reina»? Ante todo, ¿de qué reina se trata? ¿De la rubia Isabel? ¿De su hija Juana? De ésta última sí se sabe con certeza que habitó durante algún tiempo el palacio antes de reinar y que allí fué donde hizo explosión su locura amorosa por su esposo el bello archiduque Felipe el Hermoso, que llamado con frecuencia por su capricho y obligaciones fuera de España, dejaba sumida a la pobre doña Juana en un mar de desesperación. Así nos dicen cómo el Archiduque, dejando a su esposa en estado de buena esperanza, parte a sus tierras a través de la dudosa Francia, y cómo doña Juana, si al principio parece resignarse, una vez ha dado a luz no bastarán ni ruegos ni amenazas para disuadirla de su intento de unirse con Felipe, decidiendo, por fin, un día huir de la Mota. Para impedirlo se ven obligados sus guardianes a levantar el puente levadizo, pero la frustada fugitiva no se mueve de la garita en que estaba, permaneciendo un día y

...Desde los cuales se descolgó el intrépido César Borgia, sin que pudiera impedirlo el alcaide de la fortaleza, que, al ver escapar a su prisionero, cortó la cuerda...

una noche casi a la intemperie y hasta que la reina Isabel, avisada con urgencia, la obliga a retirarse a sus habitaciones, aunque,

EL CASTILLO DE LA MOTA

Ninguna idea mejor que devolver al castillo de la Mota su antiguo esplendor, grandioso cerrar sus grietas y fortalecer sus muros. Bien lo merecía su alta concepción histórica y artística. Tuí ha sido el pensamiento de nuestro Caudillo, Jefe Nacional de Falange, al entregársela a nuestra Delegada nacional con la consigna de que tan importante edificio quedo habilitado para escuela de Mandos de Falange Femenina. A la sombra gran recuerdo de la reina Isabel, la tradición que se cumpla en tan trascendental lugar ha de tener un ambiente propicio. Nada como nuestras comaradas para recibir aquí esas órdenes que han de celar y guardar la tradición y gloria de nuestra Patria.

Por aquí ha transitado media historia de España. Cada torre del castillo evoca a la memoria una época, una efemérides gloriosa, un tiempo grande. El paisaje que se extiende enfrente es el gran horizonte castellano que ha templado y vigorizado nuestra raza. ¿Qué mejor lugar de meditación?... ¿Qué mejor ambiente formativo podría jamás encontrarse?...

El clarín de resurrección ha sonado en estos muros. Que otra vez por estas tierras pueda escucharse:

Villa por villa, Valladolid es Castilla. y tanto por tanto, Medina del Campo.